

# Borges: una entrevista inolvidable

## ENRIQUE LOUBET, JR.

Aunque sus amigos sabíamos que el final estaba cerca, nos resistíamos a aceptar la desaparición física del enorme periodista Enrique Loubet, jr. El pasado mes el hombre que hizo del periodismo literatura pura, que le dio un encantador toque de ingenio y gracias al reportaje y a la crónica, que supo dirigir secciones y revistas, falleció.

Enrique Loubet fue un ejemplo de periodismo e ingenio. Sus bromas aún circulan por las redacciones y los viejos periodistas las cuentan a los nuevos. En este mismo número, Marco Aurelio Carballo narra alguna de ellas. Yo podría hacer una larga lista de su cordial y a veces maligno sentido del humor: trabajamos mucho tiempo juntos, tanto en el Uno- másuno de Manuel Becerra Acosta como en Excélsior, fui su colaborador cercano en Revista de Revistas y cuando la vida me llevó a ser el último director de esta publicación decana del periodismo mexicano, él siguió, desde su casa, siendo consejero y director adjunto.

Alguna vez, en su clase de la Facultad de Ciencias Políticas, en la época en que estaba vivo el pensamiento de Marx y los jóvenes alardeaban su adhesión, Enrique habló largamente de su militancia en el marxismo, al final, antes de abandonar el aula, dijo: Ah, me olvidé añadir que yo hablo de los hermanos Marx, no de Karl.

En otra ocasión me invitó al hipódromo, donde realmente se metía en las carreras de caballos y no admitía otro tema. Para mí aquel sitio era poco familiar y cuando decidí ir al baño, tuve que preguntarle a un mozo que barría los pasillos por el lugar. Loubet me alcanzó con la mirada y me gritó: René, delante de mí no hables con los perredistas.

Era un hombre fino, de pretensiones aristocráticas, de buen vestir y mejor hablar, que escribía maravillosamente y cuya cultura le permitía tratar todos los temas. Era imposible que dejara de bromear, de ironizar al prójimo. Pero eso no era un obstáculo para quererlo, admirarlo, imitar su periodismo fino y elegante. Por fortuna me correspondió hacer el prólogo a una buena selección de sus trabajos periodísticos publicado por el CONACULTA. Al releerlo, me asombró su prosa y la agudeza de los comentarios, el hábil manejo de los géneros y la cultura que poseía. Nunca habrá otro periodista como él.

RENÉ AVILÉS FABILA

Entrevista a Jorge Luis Borges \*  
(Abril 20, 1971)

Llegué a Nueva York un sábado de mediados de abril de 1971. Borges no estaba. Tampoco estaría el domingo, puesto que había salido de fin de semana. Llegaría el lunes para dar su conferencia en la Universidad de Columbia. ¿Podría recibirme el martes? No; partiría a Islandia... Si alguna vez he pensado (como todo periodista, me atrevo a decir) que no lograría una entrevista, fue ésa. Sin embargo (otras cosas aparentemente más sencillas son las que naufragan) fue posible hablar con el gran escritor. Único entrevistado, por cierto, a quien he entregado un mínimo obsequio: un dije, sombrero charro, para su mamá... ínfimo regalo a cambio del de él al acceder a conversar conmigo.

Más de medio siglo después de su traducción de El príncipe feliz, de Oscar Wilde, Borges parece cerrar un ciclo en que la perplejidad ha sido la constante ironía: Trescientos ejemplares editó de su primer volumen "para los amigos; no se me ocurrió llevarlos a una librería". Y hoy, exaltado en el orbe como la máxima pluma latinoamericana, aún se asombra: -Debo agradecer errores tan generosos -dice.

Habla así, ya muy próximos sus 72 años, en vísperas, siempre en vísperas de un galardón cumbre ("tantas veces me han dicho que voy a obtenerlo, que empiezo a creer que siempre seré el próximo Premio Nóbel"), quien, ahora ciego, piensa que para él "la muerte no es un temor, sino una esperanza" y que, en tanto muere "enteramente", debe trabajar sin descanso y escribir ("¿qué otra cosa podría hacer?", acota con melancólico humor) un cuento -el que le gustaría, si no pudiese escribir ya sino uno-, para subrayar algo que considerara ejemplar. El título del cuento lo señala: "Los amigos".

Jorge Luis Borges (“no; por favor no me llame maestro, me siento incómodo”) habló con el reportero en Nueva York, lo que vale tanto como decir que habló en cualquier parte (él, por lo demás, escribió en Arrabal, en 1921: “Yo he estado siempre –y estaré– en Buenos Aires”), ya que poco influye en él un paisaje que no ve y un ambiente quizá demasiado actual.

Borges conversa, de hecho, desde las sombras. A partir de nostálgicos recuerdos de “un mundo, si no bueno, algo mejor que éste”. ¿Lo era? Él mismo parece no saberlo: –Los sueños –agrega–, son parte de la realidad; cuando uno piensa en el pasado, lo hace, sobre todo, en términos mitológicos, legendarios. ¿Cómo fueron realmente las cosas? No lo sé. A medida que se cuentan, van mejorando...

Conservador (“ser conservador es una forma de escepticismo”, ha puntualizado), una sola limitación puso el pensador bonaerense para la entrevista. ¿La concedería? “Pero, ¡cómo no!”, dijo con arrastrado tono, con acentos definitivamente argentinos. Después, asaltado tal vez por alguna duda (¿temor, quizá?), apretó el puño de caña, con punta de goma, de su bastón de invidente, y pidió cortésmente: –Espero que sus pre-

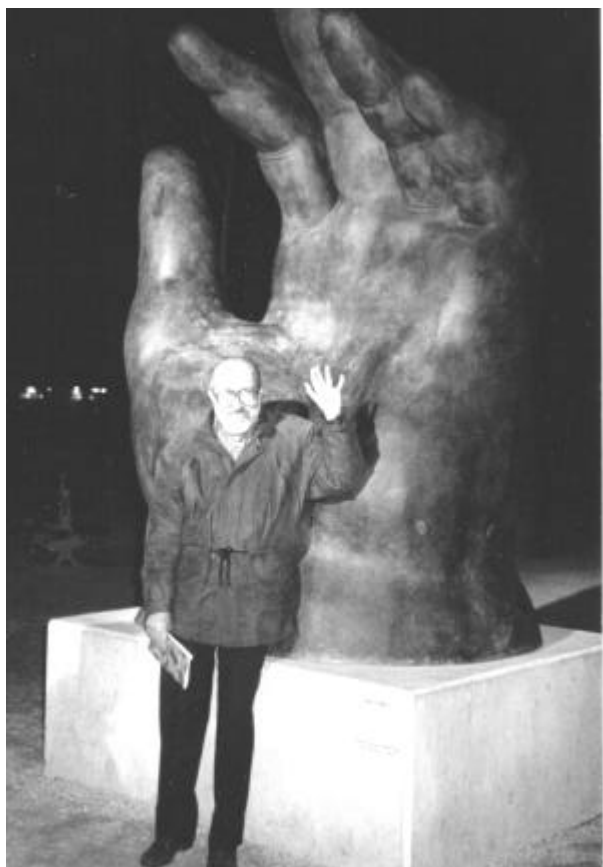
guntas no sean de carácter político; no sé nada de política. No me gusta. Podría decirse que odio la dictadura, pero eso es sabido.

–Si lo desea, conversaremos sobre literatura.

–¡Ah!, me interesa mucho más la literatura que la política. El propio Neruda lo ha dicho así. Y, ¿sabe?, él es de un país socialista... Conversar, conversar de literatura es mucho mejor.

Esto ocurre una fría mañana neoyorquina, en la Universidad de Columbia, donde Borges daría una conferencia; donde pocos minutos después, ante el estupor de los concurrentes, un exaltado joven estudiante colombiano le increparía soezmente y lo amenazaría con arrojarle un ladrillazo en plena calle. Todo porque Borges no deseaba tratar de política; porque mantenía que sus opiniones no debían interferir en su tarea literaria, “la cual veo como un sueño”. Porque no pensaba en el hambre de Latinoamérica al escribir. Porque, en suma, ya estaba muerto. Palabras altisonantes (“propias de niños, de taximetristas”) dejaríanse escuchar en el augusto recinto. Borges (“el más respetable de los presentes”, como lo defendería el poeta mexicano Homero Aridjis) viviría momentos de extrañeza, él también (¿quizá, aunque sea increíble pensarlo, recordando las hazañas de los soberbios cuchilleros de sus poemas?), lanzaría –algo singular, en hombre tan fino! –un “a lo mejor el ladrillazo se lo doy yo a usted”. Pero su frase, desde las oscuras sombras, con ojos sin luz que buscaban la voz del ofensor más que la imagen que no podía ver, era patética. Era el grito de un hombre incomprendido y que (tampoco comprendía el grito soez y estúpido, ciertamente, pero grito angustiado de un mundo nuevo. Borges, así es, semejava un coloso literario de todos los tiempos y tal vez, por ser de todos, de ninguno.

Esto ocurría en la Columbia –Universidad que había honrado al escritor como lo han hecho otras muchas instituciones de estudios superiores y como otras lo harán–, esa fría mañana en la que el reportero hizo una cita para hablar con Jorge Luis Borges. Donde, ante el admirado “¡Lo felicito maestro, por su premio!” de admiradas alumnas, el poeta, con lejana sonrisa, musitaba: “¡Figúrese no más! ¡Las cosas que pasan!” Era el recinto donde el autor de *El Aleph* me hablaría por primera vez de Alfonso Reyes (“él hubiera merecido el Nóbel más que nadie”) y, donde, al referirse a las posibilidades de que lo obtuviese este año, dijera con voz algo desencantada, con la incre-



Emilio Carballido

Fotografía propiedad del Museo del escritor

dulidad que asoma, a veces, con los años: “Creo que los próximos cinco o seis premios serán para australianos o para húngaros. Creo que todo ello se hace al azar de una geografía política. Se ha dicho tanto que van a concedérmelo, que creo que voy a ser siempre el próximo Premio Nóbel, siempre el próximo”. Allí, entre sorbitos a una taza de humeante café, también habló de sus viajes. Seguiría a Islandia, “para escuchar los sonidos”. Añade: –¡Mire qué viaje tan raro! Estuve con los mormones en Utah, que me interesan y que, ciertamente, son menos misteriosos que su nombre. Iré luego a Israel, a recibir el premio literario de la municipalidad. Se concede cada dos años. Soy el quinto que lo tendrá y el primer latinoamericano. De allí iré a Escocia, país al que quiero mucho. Después a Oxford, para recibir el doctorado honoris causa. El 14 de mayo debo estar en Buenos Aires, para ver a mi madre. Pienso mucho en ella, como sé que ella está pensando en mí.

Hay quienes hablan de la vanidad de Borges. No negaremos que asoma en algunos juicios. Pero poco se aprecia en su persona. Fino, educado, tímido casi (“la timidez es una forma de la cortesía”, dice), en nada recuerda lo arrogante, lo soberbio. ¿Quién no lo conocería en la Universidad de Columbia, en su propia conferencia? ¿Sería, pues, prueba de su sencillez, que este inmenso escritor ciego, llevado del brazo por Norman Thomas di Giovanni (su traductor) se hubiera pegado en el saco de su común, anticuado traje gris, una tarjetita con la advertencia: “Jorge Luis Borges, escritor argentino”?

En fin. Sigamos con una cierta cronología de los hechos, y de cómo, después, fue desenvolviéndose la entrevista. Quizá el que así se escriba sea caro a Borges. Me agradaría que lo fuese. Escribir sin caer en lo que él mismo cree un vicio de sus comienzos: la idea de que todo adjetivo tiene que ser sorprendente, de que toda metáfora tiene que ser nueva. Cuando un amigo le dijo: “Borges, ¿de modo que es usted partidario del susto en la literatura?”, pensó que no tenía por qué tratar de asustar a nadie. Porque, a fin de cuentas, todo es una cuestión de cortesía y porque el susto riñe con la educación.

No se empezará, pues, con algo contundente. Con una frase que encerrase todo Borges. Sería imposible, además. Y en esta entrevista, en la que Borges habló un poco de todo –incluida la política, no obstante detestarla tanto–, será sólo Borges, en lo posible, el que hable.

Máxime que recorrió los más variados temas. Muchos de ellos tratados con una de las mejores expresiones del talento: el sentido del humor. Como decir que corregir mucho es mera “forma de haraganería, de ejercicio de caligrafía”. O frases de poética belleza: “La cultura es una suerte de amistoso escepticismo que permite la hospitalidad a las ideas, al no dejarnos suponer que se saben con certidumbre las cosas.” O aun comentarios singulares: “Un buen lector es aquél que tergiversa y enriquece los textos” o bien conceptos que parecen resumir su propia vida: “Tengo la impresión de que nunca he salido de mi biblioteca ni de mis libros.” O, inclusive, las sorprendentes: “He leído muy poco” y “mi español no me gusta”.

En lo físico, son sus húmedos, muertos ojos –que a veces parecen ver– lo que más atrae. Ojos claros, de distinto color. El derecho, sin luz, azul muy pálido, matiz que parece desvanecerse en la pupila. El izquierdo, café verdoso, también con escasa luminosidad. Algo ven, a mínima distancia, esos ojos. Muy poco. Dirige siempre la vista adonde oye voces, voces que no siempre conoce. “¿Quién anda ahí?”, cuando escucha rumor de pasos (los de Beryl Sokoloff, el fotógrafo de Excélsior en Nueva York, por ejemplo). En la conversación, esos ojos están fijos en el interlocutor. Sin embargo, es hacia dentro adonde parecen mirar, y quizá ver (¿no vemos, acaso, los recuerdos?).

La voz es usualmente suave, si bien a veces eleva el tono. El humor empieza, invariablemente, en tenue sonrisa, la cual alguna vez llega a convertirse en carcajada cuando la fina ironía cae en el franco chiste. Acciona poco cuando habla. Apenas mueve las manos. A lo largo de dos conversaciones con él (una, breve, en la Universidad, antes de la conferencia; la otra, por la tarde, que fue propiamente la entrevista), sólo lo hizo para subrayar un ejemplo de lo que es el libre albedrío. Tersa, pálida es su piel. Orejas grandes, larga la casi recta nariz. Muy despejada la frente. Aún bastante pelo gris, que en partes hace presumir que alguna vez fue rubio. Más bien bajo de estatura; cansinos, cortos pasos, obligados por su propia ceguera y la misma edad. En apariencia, así es Borges.

Empero, lleva a cabo programas (conferencias, entrevistas) que agotarían a gente más joven. Su jornada de trabajo –para hombre que parece tan frágil– es colosal: dicta algo personal en las mañanas, traduce sus obras al inglés por las tardes y, en la noche, suele salir “con cinco o seis amigos” para con-

versar. Además, a últimas fechas, interesado en filología, estudia inglés antiguo. Y viaja por todo el mundo. De polo a polo, casi, en América. Asia Menor, ahora. Europa, después. Labor enorme, algo paradójica en quien habla de la muerte como de “una esperanza”. Pero, como el propio Borges dice: “¿Cómo no voy a escribir? ¿Qué otra cosa podría hacer, ciego desde hace tantos años? Si me dedicara a abrir y cerrar puertas sería algo ridículo. Si me dedicara a la política sería aún más absurdo.”

En la conferencia de la Universidad de Columbia –organizada por el Institute of Latin American Studies y The School of the Arts–, donde destaca Frank McShane, amigo de varios escritores iberoamericanos, habría alrededor de cien personas. Borges, en una mesa central, frente al auditorio, sacó un reloj del bolsillo. Intentó ver la carátula a una distancia tan mínima como a la que trabajan los maestros relojeros.

–¿Quiere que le indique el tiempo? –le preguntó solícito el ex presidente peruano Fernando Belaúnde Terry, también presente.

–Sí; desearía hablar unos veinte minutos –contestó Borges.

Y así, con el reloj y leontina sobre el pupitre, inició el distinguido literato su conferencia.

–No escojo mis sujetos, ellos me escogen a mí. Y cuando escribo, vivo en una especie de sueño. Antagonista de la literatura comprometida, no quiero que mis opiniones interfieran en ella. Por lo demás, todos mis lectores saben que soy contrario al comunismo, al fascismo, al nacionalismo... Deseo ser consciente con mi propio sueño, no con una realidad cambiante.

Intervinieron otros ponentes; Aridjis, el poeta mexicano, trató el tema nacionalismo e internacionalismo. Explicó que, en una ocasión, hubo quien le dijera lo que se tenía que escribir y no escribir sobre Latinoamérica. No debía hablarse en literatura latinoamericana, por ejemplo, ni siquiera de una fauna y flora exóticas a nuestros países. (“¡Qué horror, eh!” –intercaló Borges riéndose). Citó Aridjis, después, casos de provincialismo y de cosmopolitas. “Hay –dijo

–parisienses de París y de...” (“y de Nicaragua... como Rubén Darío”, volvió a intervenir, bromeando, Borges).

Digamos, de paso, que el escritor argentino parecía feliz. Muchas veces aplaudiría intervenciones. Un aplauso singular, verticales las manos y palmoteando.

Fue después el turno de Nicanor Parra, poeta chileno. “qué Borges, en vez de conservador escéptico no puede ser un socialista escéptico?”, preguntó. Y a renglón seguido, precisó: “A mí, conservador me parece una palabra obscena.” Respondió Borges que conservador tiene distintas connotaciones. –Como democracia. Fui demócrata –indicó– cuando en Argentina serlo era estar a favor de los aliados. Pero no puedo ser socialista por creer en el individuo frente al Estado; por no admitir la intervención de éste en el arte. Luego, recordando algunos honores recibidos, acotó: –He aceptado premios, sí... pero ¡en fin! soy humano.

“Y ¿no sería partidario de una revolución que cambiase el estado actual de cosas por un mundo nuevo?”, insistió Parra. Borges –que previamente había indagado por qué mejor no se pensaba en él como un old fashion lector de Spencer–, contestó que sería partidario de una revolución verdadera que excluyera la propaganda, en la cual los políticos no fueran personajes públicos. Después no quiso ya tratar de política: –Sé tan poco de ella... Soy escritor –comentó.

Faltarían, empero, incidentes. Emilio Carrillo, estudiante cubano, increpó a Belaúnde Terry porque éste había dicho que en la pobreza puede surgir el arte. “Y, ¿por qué no va usted a la pobreza para ser artista?”, le espetó. “No voy porque ya estoy en ella”, respondió el ex presidente del Perú. “Tendría usted que empezar por quitarse el traje y otras cosas...”, gritó exaltado el estudiante, que, por cierto, iba pobremente vestido. Belaúnde Terry, elegante para decir la verdad, concluyó, molesto: “Vestir es una cuestión de cultura, no de opulencia”. A todo esto, Borges parecía permanecer ajeno, algo extrañado quizá. Nada más. Pero poco tiempo transcurriría antes de que el mismo estudiante lo interrogase agresivamente:

–¿Piensa usted en las masas de Latinoamérica cuando escribe? ¿Piensa usted en Vietnam?

–No. ¿Por qué iba a pensar en ellas? –dijo Borges. Si tuviera que pensar en todo lo que existe no escribirla una línea. Cualquier tema es ínfimo ante el universo. Tampoco pienso en la Galaxia, ni en el binomio de Newton... tampoco en Shakespeare o en Virgilio, aunque esto último debiera hacerlo.

–Pero ¡es que las masas se mueren! –exclamó el estudiante.

–Si; yo también estoy muriéndome... –replicó Borges en tono fastidiado. Y espero morir pronto.

Otro estudiante, colombiano, compañero del anterior, se levantó y frente a Borges gritó: “¿Así que usted no habla de

Indochina porque es un problema político? Pues bien, ¡yo soy un problema político! Pero yo no le hablo a usted. ¡Usted está muerto! Si lo encontrase en la calle, le tiro un ladrillazo...” “El estudiante (pelo largo, casi desharrapado) fue retirado por su propio amigo. Allí, de hecho, concluyó la última conferencia de Borges en la Columbia. Hubo, además, violentas expresiones: “Carajo, hijo de...” (“Palabras de niños, de taximetristas”, diría Borges; “así no se habla”.) Pero él también, molesto, había respondido al ladrillazo famoso: –¡A lo mejor se lo doy yo a usted! Fue una frase patética. Es inconcebible pensar en él, ciertamente, como en Muraña, ese cuchillo de Palermo o ese Iberra Fatal, de sus orilleros.

Aridjis tomó a Borges del brazo para abandonar el salón. ¿Aún tuvo el argentino algún recuerdo del Compadrito? El hecho es que comentó con el poeta mexicano: –Quisiera salir solo, no vaya a pensar ese joven que le tengo miedo... –Era algo imposible. Borges no puede andar solo. Nadie, tampoco, quería dejarlo. Y así, acompañado por múltiples seguidores, Borges, después de tantas horas, fue al baño. Y, aquí volvió la broma, iniciada por Aridjis, quien recordó que alguien quiso, alguna vez, estar en el baño con André Bretón, “para ver si era humano...” Borges, riéndose, comentó entonces, en los propios sanitarios, pasaje de Heráclito sobre el fluir de los ríos. (La erudición puede darse en cualquier parte.)

Ya en la explanada de la Universidad de Nueva York, Borges continuaría con frases de humor: –Si bien es cierto que Cervantes escribe en la cárcel, tampoco convendría encerrar a toda una población para ver si se producía nuevamente un Don Quijote. Pero un humor en el que intercalaba el dolor que la actitud del joven le había producido. Muchos lo animaban, pero Borges retomaba el tema. Aún dijo: –Todos parecen mis amigos; menos él..

Borges, Thomas di Giovanni, McShane, Aridjis, Belaúnde, se dirigían a comer esa fría mañana neoyorquina. Poco antes, Di Giovanni, que junto con Borges traduce al inglés las obras del destacado autor, había arreglado la entrevista.

–Esta misma tarde, a las tres... No; vaya a las tres y media. Borges podrá así descansar algo. Horas antes de la entrevista, pues, Borges había dejado en el reportero la impresión primera. La de un hombre singularmente estacionado en el tiempo y el espacio. En un lugar similar al que señala, en su poema “El Tango”: “Una región en que el Ayer pudiera ser el Hoy, el Aún y el Todavía.”

–Había escritores de los ahora llamados best sellers, pero ¡claro!, no los leíamos. Pensábamos que un libro que se vendiera mucho no podría ser bueno... No se hablaba entonces, en Buenos Aires, en términos de éxito o fracaso: se escribía para figurarse una idea o para dos o tres amigos.

Así inició Jorge Luis Borges sus recuerdos de los primeros años. De cuando, en 1923, apenas imprimió trescientos ejemplares de Fervor de Buenos Aires y eso “para regalárselos a los amigos”, ya que ni siquiera se le ocurrió llevar los volúmenes a alguna librería.

–Tal vez nos equivocábamos al juzgar escritores que vendían mucho. Pero, quizá también fuese mejor lo que nosotros hacíamos. No había ocasión de que el escritor se prostituyera... ¡Como no había público! Creo que el mismo Lugones tenía ediciones de menos de mil ejemplares. Los escritores, entonces, formábamos una especie de sociedad secreta amistosa...

La entrevista se lleva a cabo en el departamento 17 A del 174 East de la calle 74 (“casi esquina con la Tercera Avenida...”, dice Di Giovanni, el traductor de Borges). Un departamento poco notable: sofás y mesita, otra mesa algo mayor y una silla junto al ventanal, una vieja vitrina con figuritas de porcelana. Nada sobresaliente, en fin, salvo el propio pensador de Buenos Aires.

El escritor no estaba listo cuando llegamos (“quiere pasarse la navaja un poco; después de usted recibirá a un diarista argentino”, lo disculpó su compañero, el uruguayo Mauricio Müller. “Como no vé, le ayudo a afeitarse...”, todavía agregó).

Pero casi en seguida apareció Borges. En mangas de camisa, lo que en él parecía una notable concesión a lo que es propio, pero, ¡ya hubiese sido excesivo lo contrario!, con la corbata bien anudada. A las cuatro de la tarde, el propio poeta inició la entrevista. Con una petición que reiteraba su cortés ruego de la mañana: –Espero que no serán preguntas de carácter político. ¿No?

Terminaría por hablar de política, pero, en tanto, definió “al otro” (Borges); se refirió medio en broma al Premio Nóbel, a sus ensayos preferidos, a sus personajes más característicos, al tiempo en que su nombre fue “mero adorno tipográfico”, en una editorial; a su secretaria, “que me da la sensación de la soledad”; a Alfonso Reyes, la ciencia ficción, lo policiaco; a la historia de la literatura portuguesa que escribió (“de la cual hoy sé algo”); a sus

momentos de haraganería y humorismo; a los autores que quisiese haber sido y, finalmente, a su ceguera: a sus ojos sin luz que sólo pueden leer en las bibliotecas de los sueños, como refirió en “Los Dones”, uno de sus poemas más preciados.

“Al otro, a Borges es al que le ocurren las cosas”, escribió alguna vez. Hoy, precisa: “Fue una manera un poco tortuosa de decir que estaba asombrado de él (de Borges), del excesivo renombre logrado por unas páginas mías”.

Ensimismado en recuerdos; recitando, por así decir, su pasado, no oyó apenas la pregunta. Siguió exponiendo la diferencia entre él y Borges, entre el individuo y el hombre público. “Sin quererlo, me he convertido en hombre público. Yo no he hecho nada para fomentar esto.”

–Por ejemplo –añadió a renglón seguido, con voz de un mismo matiz–, fueron unos periodistas de Suecia quienes, estando por otorgarse el Premio Nóbel, me hablaron de él. Contesté que sería un error dármele, considerando que existían escritores como Shaw, como Russell. Hasta hice la broma de que concedérmelo sería una prueba más de la decadencia de Suecia.

–Pero, usted mismo, ¿qué le preguntaría al otro, a Borges?

–¡Ah!, eso que hace usted es trampa –rió divertido. Usted es el que tiene que preguntarme a mí. Bastante tengo con contestar. ¡Figúrese, si también tuviera que inventar preguntas!

–Bien, ¿cómo escribe, apoyado en su memoria prodigiosa, en consultas constantes...? Esta pregunta, como después otras, quedaría inacabada. Borges la interrumpiría, adelantando su respuesta como si no fuesen necesarias sino primeras palabras para deducir con exactitud el resto. Cosa que Borges lograba, por cierto.

–¡No! ¿Memoria? Pero si yo tengo muy poca memoria... Y, además, he leído muy poco. Bueno, he releído mucho lo poco que he leído... –admitió, ante el obvio estupor de los presentes.

–Pensaba –sigue– escribir ahora un libro sobre literaturas germánicas medievales. Pero he comprobado que tendría que consultar a muchos otros, dar trabajo a muchas personas... y me resulta más fácil inventar cuentos o componer poemas que no necesitan ninguna revisión especial. Voy a escribir mejor un cuento histórico sobre el asesinato de un presidente de la República Oriental de Uruguay... Podría documentarme, es cierto; pero creo que declararé, al principio, que deliberada-

mente no lo he hecho; que simplemente he tratado de imaginar una situación, sin valor histórico; una fantasía basada en un hecho real.

–¿Escribía a mano, a máquina? ¿Cómo dicta, ahora?

–Con máquina de escribir ¡nunca! Y como perdí la vista como lector y escritor, en 1955, estoy obligado a dictar. Pero no en “tape” ¿sabe? Me desagrada tanto el sonido de mi propia voz... ¡Todo, menos oír mi voz! Usted dirá que ahora estoy oyéndola, pero no es así. Estoy pensando lo que digo, hablando con usted... Y, perdone ¿Es de México? Porque, tratándose de México, no querría olvidar, querría nunca olvidar –se corrigió– a don Alfonso Reyes. Renové la fuerza castellana. En vida de él inicié un movimiento para que se le concediese el Nóbel. Sólo conseguí cuatro, ¡no!, cinco firmas: Victoria Ocampo, Bioy Casares, Mallea, Mastronardi y yo... En otros países deseaban el premio para otros autores. No quise comunicarle a Reyes mi pequeño, mi gran fracaso.

Y, quien escribió de Reyes: “A unos nos dio el sector o el arco, pero a ti la total circunferencia”, siguió, en Nueva York, rememorando al amigo. A la vida dura de Reyes en el destierro, a su timidez. –Timidez, ¿sabe?, no quiere decir cobardía. Una persona puede ser insolente y cobarde, y puede ser tímida y muy valiente...

–Conocí obras de otros mexicanos. Antes sabía de memoria “La suave Patria”, algunos sonetos de Othón y algún poema de un poeta menor –¡menor!-, Gorostiza...

–Maestro, quizá al público le interese, y al público suele interesarle casi todo...

–Se supone que sí; el periodismo se ha basado en eso –intercala sonriente.

–Si usted revisa mucho sus textos, o...

–Antes –de nuevo la interrupción–, los corregía mucho. Pero eso era una forma de haraganería. Creía corregir; solamente, hacía un mero ejercicio de caligrafía. Ahora que tengo que dictar, creo que he llegado a un estilo más directo. Antes construía largas frases a la manera latina. No puedo ya. Como la tarea literaria es incesante (yo trabajo cuando me baño o estoy afeitándome), prefiero pensar el argumento y, en frases breves, en frases, ¡perdóneme la palabra tan fea!, portátiles. Éstas las dicto a una secretaria (y espero que esto no se lea en Buenos Aires, por eso puedo decírselo...), a una secretaria perfecta. Una persona que me da la convicción de la soledad. Si yo

digo, por ejemplo, punto y seguido, ella lo escribe así, con todas las letras: punto y seguido. En cambio, cuando le dictaba a mi madre, que en mayo va a cumplir noventa y cinco años, me decía: “No, esta frase es horrible...”, o bien: “con esto estás estropeando el ritmo”. Y yo me sentía vigilado. Mi secretaria (¿usted se da cuenta de que es tan impersonal como una máquina?) hace el borrador. Lo reviso y lo dejo. Aunque, no –ríe Borges– durante los nueve años de Horacio, sino acaso una semana. Lo retomo entonces. Quizá me dé cuenta, en la revisión, que no me gusta, pero que tampoco puedo mejorarlo mucho. Me libro de él y paso a otra cosa... Antes corregía más porque jugaba mucho con las variaciones. La influencia de Lugones, quizá. Creo que me hizo mal la idea de que todo adjetivo tenía que ser sorprendente, de que toda metáfora tenía que ser nueva. Me di cuenta de que había sido partidario del susto en literatura y de que no tenía por qué asustar a nadie.

–Si sólo pudiese escribir un solo libro ¿qué haría?

–Escribiría un cuento (al cual voy a dedicarme cuando vuelva a Buenos Aires) que se llama “Los amigos”. El tema, que me parece muy argentino, es el de la amistad. Ocurre poco antes de la revolución libertadora del 55... Pero sin duda que una vez escrito sentiré la necesidad de escribir otros. En fin, ése es el que haría si fuese el último que tuviese oportunidad de escribir. El nombre no es muy bueno, parece de restaurante, pero es el título querido...

Borges, además, planea historias cortas sobre Buenos Aires, Montevideo, tal vez Córdoba. Otras sobre el universo, y acerca del problema del tiempo. Amplia gama. Es paradójico que tanto proyecte quien, por otra parte, suele comentar, a veces fatigado, cansado, fastidiado: –Ojalá que muriera del todo...

–Se afirma que se escribe cuando se tiene algo que decir...

–Creo que hay trampa en esa frase “tener algo que decir”. Presupone una tesis, una moraleja. Las tareas literarias no son así; se presenta una especie de forma que uno ve de lejos y luego esa forma es un soneto, un poema, un cuento. Uno no empieza por tener algo que decir en el sentido de tener una opinión que comunicar. La tarea literaria no es escribir fábulas o difundir opiniones. Tengo opiniones, claro. Pero trato de que no intervengan en una tarea que veo como un sueño... Esto ya lo he dicho... pero creo que puedo plagiarlo.

–¿Por qué obra quisiera sobrevivir? Ha dicho que “Límites”, “El Golem”, “Los Dones”, son sus poemas preferidos, pero, ¿en prosa?

–Hay un cuento que me gusta: “La intrusa”. Pero quizá sería mejor citar uno más personal; quizá fuera mejor “La busca de Averroes”... aunque tal vez prefiera buscar cuentos que he escrito hace poco. “El Congreso”, por ejemplo... Pero mejor no hablar de ellos. Como acabo de hacerlos, tiendo a suponerlos mejores. Es una ilusión que todo escritor necesita. Quedaría desalentado si pensara que lo último es lo peor. Y aunque, en mi caso, a los 71 años, es improbable, inverosímil, que escriba mi mejor cuento, requiero igualmente de esa ilusión.

El escritor, por lo demás, equipara esa ilusión a la necesidad de libre albedrío (“para actuar necesitamos la ilusión de la elección libre”). Y, a título de ejemplo, estira ambos brazos y dice: –Ahora puedo pensar en poner una mano encima de la mesa. Y puedo hacerlo. ¿Ve? Tengo que creer en el libre albedrío; si no, me sentiría como un autómata.

–¿Le gustaría haber sido alguno de los personajes que ha retratado? ¿Uno de los orilleros, quizá?



Ma. Emilia Benavides

–No. Orillero, no. Soldado, tal vez. Como mis abuelos y bisabuelos, que fueron soldados de batallas, no de desfiles. Posiblemente esto quizá sea un error romántico; yo, al pensar en ellos, los siento más. Siento más esas batallas que ellos que simplemente vivieron.

–Y aunque la ya avanzada edad “le haya enseñado la resignación de ser Borges”, de haber podido ser otro, ¿quién hubiese deseado ser?

–Ningún otro... Lo importante es que he sido Borges y que ahora soy cualquiera.

–Pero en la fantástica hipótesis de que hubiera podido trasladarse, en espacio y tiempo, de Borges a alguien, para volver a Borges, ¿qué personaje hubiese escogido?

–Un escritor... Voltaire o Gibbon, quizá. ¡Caramba! Es mucha ambición... Me gustaría haber sido Alfonso Reyes, que en el siglo XVIII hubiese sido el mejor prosista y que posiblemente también sea el mejor prosista del siglo XXII...

Borges, cara a la ventana, recortado su perfil por la luz del ocaso, apenas acciona. Acaso para su ejemplo de libre albedrío. Por lo demás, mínimos son sus gestos; alguna mueca de enojo, una sonrisa. Sentado rectamente, con las manos cruzadas sobre la mesa o reclinado con un brazo sobre el respaldo de la silla, el escritor más parece un conferenciante que un hombre al cual se entrevista.

–Y ¿cuál fue su razón para inventar nombres de obras y de autores a lo largo de...?

–Bueno, es un juego al que he renunciado ahora. Lo tomé de Carlyle, pero ya estoy cansado de combinar lo real y lo irreal. En los libros que ahora escriba haré referencias fidedignas. Creo que, a mi edad, como se dice en Buenos Aires, ya estoy un poco viejo para aquellos trotes...

–¿Qué mundo prefiere: el real o el mágico... o son el mismo?

–Creo que es el mismo. Los sueños son parte de la realidad. Al pensar en el pasado se piensa, sobre todo, en términos mitológicos o legendarios. No sé si podemos trazar una línea divisoria entre la realidad y los sueños y no tenemos por qué trazarla tampoco. Cuando pienso en mi pasado estoy pensando en recuerdos, recuerdos, recuerdos... ¿Cómo fueron realmente las cosas? No sé. A medida que se cuenta un suceso, se va mejorándolo. Al final, no se sabe con exactitud cómo ocurrió... Hay libros míos que no quisiera que se reimprimieran nunca. ¡No voy a darle los nombres! –agrega enseñada.

Refiere después que sus primeras obras eran puramente verbales, sin personajes. Éstas tenían sólo frases “que yo creía brillantes”. Luego surgirían los personajes, y Borges recuerda al “Hombre de la esquina rosada”, uno de sus más conocidos cuentos. –Lo hice como un ballet, un juego visual, pero fue leído como realista. Por ello, hace un par de años, lo rescribí, tratando de ser fiel a mi imaginación. Hice “La historia de Rosendo Juárez”. Ésta era verosímil. Si el hecho ocurrió, y no hay razón para suponer que no haya ocurrido, pasó tal y como se refiere en el segundo cuento.

¿Es siempre tan acucioso Borges? ¿Tanto como para rescribir un cuento mal interpretado? No lo parece, porque ¿cómo compaginar entonces esto con el hecho de que escribiese una Historia de la literatura portuguesa... de la cual no conocía más que Los lusíadas? ¿Quizá se deba a que no hay hombre sin paradojas y a que las peculiaridades sean cosa de genios... y de no genios? En fin...

Lo de la literatura portuguesa, relatado con rasgos de humor (negro a veces, el tal humor), casi servía además para justificar la conveniencia de la ignorancia. ¿Increíble? Estas fueron las palabras textuales del esteta del idioma, de ese tejedor maravilloso de consonantes y vocales que es Jorge Luis Borges:

–Una vez escribí una historia de la literatura portuguesa... Ahora la conozco algo. La hice en colaboración con una amiga que, después, se suicidó (pero no por haber escrito ese trabajo conmigo). Le dije: “Aquí nos ofrecen esto, y yo, fuera de Los lusíadas, no conozco nada. Pero, cuanto menos conociéramos, más fácil será escribir. Como es un libro que tendremos que plagiar de otros, si supiéramos algo ya tendríamos escrúpulos, preferencias, aversiones. .

Borges, un purista, no ha desdeñado incursionar, en una u otra forma, en los llamados géneros literarios menores: lo policial, la fantasía científica; creó (Adolfo Bioy fue su compañero en esa aventura), la famosa colección “Séptimo Círculo” (“sólo soy responsable de los primeros títulos”, dice ahora). En cuanto a la ciencia ficción, prologó el primer libro de la colección “Minotauro”: Crónicas marcianas, de Ray Bradbury. Habla también de estas cosas.

–Ocurrió algo curioso con la novela policial. Los editores siempre me decían: “Eso es para sajones” ...Yo insistía. Sostenía que si una película policial tenía éxito en Nueva York, lo mismo podría tenerlo en Groenlandia o en Buenos Aires,

donde además lo tenía. Finalmente, empezaron a publicar. Con la fantasía científica pasó algo parecido. Cuando dije que estaban, en Inglaterra y en los Estados Unidos, desplazando a lo policial, me contestaron: “Esto es para sajones”. Luego apareció la “Minotauro” y la editora se hizo rica. Como usted ve, los editores no entienden su propio negocio...

–¿Considera lo policiaco y la ciencia ficción géneros menores?

–No creo. Lo que ocurre es que, en ficción científica, entiendo que lo mejor es lo que escribió Wells. Tiene algo de trágico, de pesadilla. En cuanto a novelas policiales, ¿cómo vamos a hablar mal de un género que ha sido visitado por Stevenson, por Chesterton, por Dickens y por Poe, su inventor? Creo que es injusto suponerlas malas porque hay muchas novelas malas. ¿Qué diríamos del soneto, de la novela psicológica, que son otros géneros literarios? Y esto si es que existen los géneros literarios, lo cual no creo. Hablar de ellos es una comodidad de pensamiento... algo así como referirse a los libros que están en el segundo estante, a la izquierda.

Acerca de la colección “Séptimo Círculo”, la historia, por decir lo menos, es curiosa. Los ilustres nombres de Bioy y Borges se convirtieron en “adornos tipográficos”. Y, además, si hemos de deducir algo de lo que Borges hoy cuenta, pasó una cosa entonces tal vez más grave aún: dejaron de pagarles. El relato del bonaerense, pleno de humor, fue a manera de diálogo; el sostenido (hace ya mucho tiempo) entre él, Bioy y el “señor muy amable” de la editorial.

–Mira, Bioy –dijo Borges– pronto van a descubrir que existe el Literary Supplement. Van a buscar los nombres de los libros que ya hemos usado y van a encargar directamente los que sigan...

(En efecto, así ocurrió. Y empezaron a aparecer títulos que ni Bioy ni Borges habían sugerido. Por esto y por que, por añadidura, “habían dejado de pagamos”, ambos escritores optaron por hablar con el hombre de la editorial.)

–En el caso de ustedes, yo me retiraría –dijo “el señor muy amable” de la editorial.

–Bueno, pero entonces, ¿por qué sigue apareciendo nuestro nombre? –preguntó Borges.

–En prueba de amistad –dijo seriamente el editor.

–Lo conservan como adorno tipográfico –indagó incrédulo el poeta.

–Sí, para que vean que no hay ninguna enemistad –contestó imperturbable el interlocutor.

–Bueno, pero ¿van a pagamos? –preguntó Bioy (lo que parecía ser el problema central).

–¡Claro que no! Si ustedes no están haciendo nada –respondió extrañado de tal pregunta “el señor muy amable”.

Ahora, años después, Borges, sonriente, recuerda el episodio. Pero no sin cierta afilada ironía acerca de la supresión del salario.

–¿Sabe usted? Mi nombre y el de Bioy los ponían gratuitamente. No nos cobraban nada por ello...

–Y ¿cómo es Bradbury? –pasó a otro tema. Me figuro que muy triste. ¿O deja la tristeza sólo para su literatura? Porque esa idea de que va a conocerse todo el Universo y de que una vez conocido se va a llenar todo de consumidores de Coca-Cola es una idea melancólica... Creo que Wells (La guerra de los mundos, La isla del doctor Moreau, El hombre invisible) no ha sido superado.

–Quizá, dados los avances del siglo en materia tecnológica, los actuales escritores de ficción científica puedan imaginar peores pesadillas –comentó.

–Sí, eso puede ser. Posiblemente es más fácil ser desdichado ahora que en el noventa y tantos... pero, ¡bueno!, el hecho de que ahora vayamos a imaginar mejores infiernos...

Y allí se cierra el capítulo sobre escritores de ficción científica. No conoce Borges muchos contemporáneos. “Perdí la vista en 1955, como lector”, señala con el mismo tono, con igual acento con el que se hablaría casi de un irremediable suceso, de un hecho ajeno.

–Maestro, usted alguna vez escribió: “Es desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explicar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario...” ¿Efectivamente lo cree así?

–Bueno –su ademán es de buen humor y de cierta disculpa de quien ha rebasado límites de una broma–, eso lo dije en

un momento de haraganería y humorismo. Pero la verdad es que yo mismo he escrito arriba de cincuenta volúmenes...

En seguida retoma Borges su etapa actual: –Ahora estoy estudiando islandés e inglés antiguo. No me he dedicado a leer contemporáneos. Además, generalmente me lee mi madre por las noches y, como puede cansarse fácilmente, prefiere releer libros que ya conoce.

Una nueva referencia a su propia ceguera quedaba entre líneas en esa última frase del escritor. Una ceguera de la que habla con sosegada voz, sin queja. Con el mismo acento de su poema “Los Dones”: “Nadie rebaja a lágrima o reproche, esta declaración de la maestría de Dios, que con magnífica ironía, me dio a la vez los libros y la noche.”

Borges, temeroso de espejos (“que reflejan vanidad; por eso alarman”), sensible inventor de gente y de ciudades (¿aun de enciclopedias?), mágico alquimista en el que conviven lo cotidiano y lo fantástico, erudito autor de una gran obra, considera la lectura “actividad más resignada, más civil, más intelectual que escribir”.

–¿Qué sería para usted, maestro, un buen lector?

–Aquél que tergiversa y enriquece los textos. En mi caso, si alguna experiencia literaria tengo, la tengo en las erratas y en lectores generosos –contesta con ese tono suave, lejano, con que apenas distingue el humor de la seriedad; una frontera, en Borges, tan sutil que casi no se sabe cuándo la ha traspuesto.

“Maestro” es tratamiento común. Le molesta, sin embargo, al escritor argentino. Algunos lo llaman Borges a secas. Parece gustarle. “Si así me llamo”, dice.

–Pero, maestro...

–No, ¡no me llame maestro! Me siento incómodo...

–Es por respeto, y don Borges sería...

–Don Borges ya me llamó un crítico inglés. ¡Que lástima que no puso “el don Borges”, para equivocarse más! O “don el Borges”, que es altisonante... –bromea.

La obra de Jorge Luis Borges podría calificarse con una palabra: talento. ¿A qué atribuye, él mismo, ser como es? ¿A sus lecturas “en un jardín, detrás de una verja con lanzas; en una biblioteca de ilimitados libros”? ¿A su vida en ese (digámoslo con sus palabras) “universo, que otros llaman biblioteca, donde las lentas hojas vuelve un niño y, grave, sueña con vagas cosas que no sabe?” Responde:

–No ha habido tantas lecturas... Lo del universo que otros llaman biblioteca es un truco literario. Mi padre fue escritor. Destruyó todo lo que había escrito, pero quería que cumpliera ese destino que le había sido negado. Por la ceguera, entre otras cosas. Hay una tradición literaria en mi familia. Creo que mi padre tenía una admirable biblioteca y tengo la impresión de que no he salido de ella ni de sus libros.

–Dice estar agradecido a Stevenson, Kipling... ¿sería también, en alguna forma, antecedente suyo Schwob?

No. Leí Vies Imaginaires. Pero creo que la mayor invención era el título, esa idea de vidas imaginarias. Creo que hubiera podido hacerse algo mejor con esa idea. Creo que es linda la idea de biografías imaginarias, salvo que se diga ¡claro! que todas las biografías lo son. Pero no veo a Schwob como antecedente. Es ingenioso, inteligente, pero no inventivo.

–¿Conoce a los latinoamericanos contemporáneos: García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes?

–Bueno, mi ceguera, mi casi ceguera... No he leído nada. He pensado que siendo contemporáneos míos se parecerán a mí y yo me pareceré un poco a ellos. Y que, entonces, no me pueden ofrecer ninguna sorpresa... pero entiendo que son muy buenos. Sin embargo, dedicado como estoy a tareas filológicas de inglés antiguo... y como prefiero releer...

Borges, además, se refiere a la tarea actual: –Mire, todas las mañanas dicto algo personal. Por las tardes colaboro con Di Giovanni en la traducción de mis obras al inglés. De noche me quedo en casa o voy a cenar con cinco o seis amigos, digamos seis. Media docena de amigos. No voy a reuniones de escritores. Y si voy a la Academia es porque allí me encuentro con cinco, seis amigos. Y por que, además, nos pagan cinco mil pesos por sesión. Lo que justifica nuestra asistencia.

–¿Y Cortázar?

–Lo conocí cuando yo editaba Los Anales, en Buenos Aires. Me llevó un cuento. Le pedí que volviese en diez días. Regresó a la semana. Le dije dos cosas: Su cuento ya está en la imprenta y lo está ilustrando mi hermana. Y esto ya es un juicio. Cortázar, generoso conmigo, recordó este episodio, que yo había olvidado, cuando años después lo vi en París. En la

actualidad estamos políticamente distanciados. Él es comunista y yo, evidentemente, no lo soy.

–Y ¿no cree que hay actualmente escritores comprometidos más destacados que Kipling? Usted lo cita como el más ilustre de los comprometidos, ¿insiste en su juicio?

–Sí. Sigo creyendo que Kipling es el más ilustre de los comprometidos. Cuando exaltó el imperio británico lo hizo contra la opinión inglesa. El mismo Macaulay lo hizo bajo la metáfora de Roma. Hablar directamente del imperio era escandaloso... Se puede o no participar de sus opiniones, pero no puede dejarse de agradecer su poesía y prosa...

Borges suele equiparar lo que se llama un escritor comprometido con el fabulista, el predicador de parábolas. Lo ha dejado inclusive escrito: –Sospecho que un autor debe intervenir lo menos posible en la elaboración de su obra. Debe tratar de ser un amanuense del espíritu o de la musa, no de sus opiniones, que son lo más superficial que hay en él. Así lo entendió Kipling.

–A un escritor –nos dice– le está dado inventar una fábula, pero no la moralidad de esa fábula.

–Y ¿no cree que, inevitablemente, hay un compromiso en el que escribe?

Y Borges, al responder, entra de lleno en un tema que francamente le desagrada: la política. –Yo nunca he ocultado mis opiniones políticas. Nunca he sido comunista, nunca nacionalista, antisemita. Y lo he expresado así... Lo he hecho en conferencias, en reportajes. Pero eso nada tiene que ver con mis cuentos y poemas. En ellos, yo trato de olvidarlo. No deseo que sean leídos en función de mis opiniones.

Borges, que al principio parecía un conferenciante y que, poco a poco se va convirtiendo en hombre que charla ante un corrillo de amigos, se ha declarado conservador.

–¿Por qué?

–El partido conservador, en Argentina, es equidistante de la extrema derecha y de la extrema izquierda. Para el comunista, yo soy nacionalista; para éste, yo soy comunista. Realmente, la política me interesa muy poco. Salvo que entonces no se trataba de una cuestión política, sino ética.

Y a continuación, con calor, apostilla: –Estábamos saqueados por sinvergüenzas, de cuyo nombre no quiero acordarme.

–Pero es que conservador, en el mundo, connota al que nostálgicamente mira hacia atrás, hacia un pasado que creyó bueno –digo.

–Un mundo bueno, quizá no. Pero mejor que el actual... –responde melancólico, con un hilo de voz. Luego sigue hablando de política (él, que tanto la detesta) y con palabras, con severos adjetivos hasta entonces no empleados. –Creo que en mi país, y no quiero atacar a ninguna otra democracia, es indigno hablar de democracia. Creo que si la gente puede votar podemos esperar las peores calamidades. Imbéciles, bribones, o ambas cosas a la vez... Quizá dentro de 700 años cambien las cosas. En todo caso, espero que cambien antes de mi muerte.

–¿No cree que, dada la situación en algunas áreas latino-americanas, son inevitables algunos cambios?

El humor negro de Borges vuelve a manifestarse: –Sí pero como tenemos una tradición de dictaduras... Quizá alguna vez demos con una dictadura inteligente. Lo que basta ahora no creo que haya sucedido. El tono había sido de desencanto, al final. Luego, con una mínima sonrisa, agrega: –En Argentina creo que tenemos una dictadura, pero muy tímida, casi inexistente.

–¿Cree sinceramente, que con el tiempo mereceremos que no haya gobiernos?

–¡Claro que sí! se entusiasma. Pero, a continuación, vuelve el matiz desilusionado: –Recuerdo que mi padre me dijo que me fijara en ciertas cosas, porque éstas estaban a punto de desaparecer. “Yo podría –me decía–, contarles a mis hijos, a mis nietos, que las había visto”. Eran las banderas, los distintos colores de los países en los mapas, las aduanas, los ejércitos, las iglesias, los curas y las carnicerías. Todo eso iba a desaparecer. Hasta ahora, no se ha cumplido esa profecía...

–Bueno, quizá hayan cambiado algunos colores en los mapas...

–Sí, pero es que mi padre se refería a la desaparición de fronteras. Yo recuerdo uno de los primeros viajes que hicimos a Europa. Se viajaba sin pasaporte. Solíamos, además, veranear

en Montevideo: esos veraneos de tres meses, quizá más. Nadie pedía papeles, ni nada. Se pasaba de un país a otro como de una habitación a otra en una casa. Luego vino la guerra, la desconfianza...

Tal como habla, ese viaje a Europa, durante los últimos fulgores del ocaso de la belle époque que, por verse en el crepúsculo quizá más esplendente; esos veraneos de “tres meses, quizá más”, tal como a veces opina Borges, podría pensarse que fue siempre un constante mimado de la fortuna, un hombre que jamás padeció. Sería un error. Hubo lo que él llama –con adjetivo sutil que quizá hiera más que otro altisonante– “los años arduos”.

–¿Querría, en parte, referirse a esos años del peronismo?

La voz adquiere tonos desgarrados: –Mire. Mi madre estuvo presa. Mi hermana estuvo presa. La mandaron a una cárcel de prostitutas por haber ofendido la dictadura. Un sobrino mío estuvo preso. He conocido gente que ha sido torturada... a mí me echaron de un pequeño cargo que tenía, pero modestísimo, en una mínima biblioteca. Un puesto de unos 240 pesos mensuales que nadie podía codiciar. Y me nombraron inspector para la venta de aves de corral en los mercados. Lo hicieron para echarme. Pregunté a un amigo de la municipalidad la causa. “Dígame, Borges, ¿usted fue partidario de los aliados durante la última guerra?”, me preguntó. “Sí”, contesté. “Pues, entonces, ¿qué quiere? concluyó mi amigo. Comprendí que era un argumento irrefutable. Renuncié, que es lo que esperaban, además... y hasta aquí habló Borges de política.

–¿Cree que en su Historia universal de la infamia incluye realmente a los más infames? ¿No considera que muchos de sus personajes, Billy “El Niño”, entre otros, han sido ampliamente superados por contemporáneos horrores?

–¡Claro! Mire, nunca pensé en publicarla como un libro. Fueron unos cuentos que escribía un poco al azar de lecturas también azarosas, cuando dirigía una revista popular. El libro tendría que ser reescrito en otro estilo. Y tendría que buscar personas más canallescas también. De éstas, desgraciadamente, no faltan...

–¿En cuanto a horrores?...

–Desgraciadamente hemos avanzado en ese sentido. Los cuentos estaban hechos como una especie de broma. Todos los actos eran falsos. Tomaba algún personaje, leía algún artículo en la enciclopedia, hojeaba un libro, y lo demás lo inventaba. Pensé que serían historias para ser leídas y para el olvido... Pero alguien me dijo que hiciésemos un libro; que quedaba muy bien en la cubierta el título rimbombante de Historia universal de la infamia. Por cierto que a última hora me llamaron de la imprenta. Felizmente lo hicieron, porque el libro iba a aparecer como Historia universal de la infancia.

Y Borges, riéndose al recordar el cambio, comenta: –Una errata que no hubiera mejorado el texto... ¿no?

Borges (hombre que define la cultura como “una suerte de hospitalidad para las ideas; una suerte de amistoso escepticismo... lo que consiste en no suponer que uno ya sabe con certidumbre las cosas”) habla también sobre la posible prevalencia del libro o de la imagen, acerca del cine, la televisión, la literatura.

Fue una larga pregunta, basada en la idea, atribuida a los chinos, de que una imagen vale por mil palabras. Al oír chinos, Borges interrumpe: –Como el chino es monosilábico, la pregunta no será tan larga. –Y luego, con franca carcajada, añade: –Claro que mi conocimiento del chino se reduce a cuatro o cinco palabras...

En fin, sobre los diversos medios de difusión, Borges (que seguramente intercala humor en su respuesta y el humor es, digámoslo, una de las mejores manifestaciones del talento) asienta:

–¡Siento tal afecto por los libros! Pero, cuando se empezó a escribir, sin duda se pensaba que la escritura estaba matando a la literatura oral... Ahora no hay razón para que la radio o la televisión sean buenas o malas. Son medios de comunicación. Todo depende de lo que se comunique, del uso que se haga de esos medios. Posiblemente la imprenta haya hecho un mal al multiplicar el número de libros. La gente tiene tal deseo de leer libros nuevos que no lee los viejos... y tampoco los nuevos, porque inmediatamente los tapan otros. No; me figuro que no podemos hablar mal contra un medio de comunicación. Podemos hablar mal del lenguaje, que es lo que hacemos continuamente. Salvo que para hablar mal del len-

guaje necesitamos el lenguaje. El hecho de que el nivel de la televisión sea bajo y el del radio algo superior, no significa nada.

Se pasa al idioma... -Ha censurado usted el lunfardo, "broma literaria inventada por saineteros y compositores de tangos que los orilleros ignoran" y, al mismo tiempo, en Las alarmas del doctor Ambico Castro y en alguna conferencia, crítica el español peninsular, tan lleno de sinónimos. Dígame ¿qué español, pues, le gusta?

-El de Alfonso Reyes -contesta Borges contundentemente.

-Y el de Borges, claro...

-No; el mío no me gusta...-responde con toda tranquilidad.

-Bueno, ¿cree, en fin, que hubiese sido entonces mejor escritor en otro idioma? ¿En inglés o francés, quizá, dado que sean lenguas tal vez más propicias para un estilo directo, preciso; un estilo de ni una palabra de más, ni una de menos?

-No sé. Pero hubiera sido otro escritor.

-¿Qué virtud prefiere? ¿La bondad? ¿La inteligencia?

-Van juntas. Las personas inteligentes son buenas. Las estúpidas son malas. Para ser bueno hay que ser inteligente. Inteligencia y bondad se dan a un tiempo. Una persona estúpida no puede ser buena sin querer está hiriendo al interlocutor...

Borges no parece jugar con las palabras. Es definitivo.

-¿Cree? Alguna vez dijo usted que todos los días rezaba, pero que no sabía si alguien estaba del otro lado de la línea.

-Rezo porque se lo prometí a mi madre. Sobre todo, ahora que continuamente pienso en ella y sé que en este momento ella está pensando en mí, quiero cumplir esa promesa. No creo que, con ello, perjudique a nadie...

-¿Su madre es su máximo amor?

-Sí.

-¿Y cuál sería su mayor deseo?

-Es una pregunta indiscreta. Bueno, no. Oscar Wilde decía que no hay preguntas indiscretas... Pero sí hay contestaciones indiscretas. Creo que lo mejor es, pues, no contestarlo todo.

-La muerte no es un temor, es una esperanza. Ojalá que muriera del todo... -añade.

Pero, retomando el humor sobre la muerte, cuenta esta anécdota:

-Una señora mormona me dijo: "Usted va a encontrarse con los suyos en el otro mundo." Le contesté que si los míos querían seguir viviendo, que lo hicieran, pero que lo que era yo, deseaba morirme enteramente.

Y, nuevamente con seriedad, refiere:

-Dos veces estuve en un avión que creía iba a accidentarse. La primera pensé que iba a hundirse; la segunda a incendiarse. Contemplé que la situación no me interesaba.

-¿De no temer la muerte, teme, quizá, acometer una nueva obra?

-No. No pienso en la página en particular que debo escribir. No pienso en ella. Que sea buena o mala depende de dioses, o mejor dicho, de lectores... Además, ¿qué otra cosa iba a hacer ya, casi ciego? Dedicarme a abrir puertas sería un poco ridículo; dedicarme a la política, aún más absurdo.

Concluye allí la entrevista con quien, de sus mayores, los Borges, dejó esta página. "Son el rey que en el místico desierto/Se perdió y el que jura que no ha muerto." Borges mismo parece intemporal. Quizá la frase pudiera dedicársele. Mauricio Müller, su amigo uruguayo en Nueva York, comentó en un aparte: "Comprenda usted, a Borges hay que quererlo... es sólo con humor con lo que sostiene al conservador que dice ser. Hay que quererlo." Müller hacía triste la despedida, mientras el propio Borges autografiaba unos libros ("¿Éste soy yo?", preguntaría con los ojos pegados a una de sus fotos en el volumen.)

No sería el final. El triste adiós de Müller sería desvanecido por una misteriosa despedida de Borges. -¿Sabe usted que escrúpulo era una medida en la Edad Media?

Fueron las últimas palabras de la conversación con el poeta. ¿En qué pensaría este gigante del idioma? ¿En nada? ¿En todo? Al irnos, recordamos los acentos de "Límites":-Si, para todo hay término y hay tasa. Y última vez, y nunca más, y olvido. ¿Quién nos dirá de quién, en esta casa, sin saberlo nos hemos despedido? ■

\* Tomado de su libro Nueve Famas. Archivo del Fondo. FCE, México, 1975.